

Que aquella es la casa nativa de alguno de sus abuelos ó quizá de su padre ó su madre.

Ó :

Que la inquilina fué el *aña* que le crió.

Ó :

Que allí solía ir de niño en compañía de su padre, cuando éste iba de caza.

Ó :

Que de niño pasaba allí muchas temporadas jugando y haciendo diabluras con los chicos de los inquilinos, y creciendo y engordando tanto con la leche y el *talo* (torta de maíz), que su madre no le conocía al volver á casa.

Ó :

En fin, contándome alguna dulce y melancólica historia por el estilo de la que velan, mas bien que narran, estos versos :

Caminando, caminando
riberica del Butron
á ver la mar, que me gusta
porque es grande como Dios,
mis compañeros me dicen
con maliciosa intencion,
viendo una casa escondida
entre manzanos en flor :
— «¿No sabes quién allí vive?»
Y dando un suspiro yo,
digo : — «¡Ya no vive allí,
que vive en mi corazon!» (1).

(1) *El libro de las montañas*, del autor del presente.

XXVII.

CUARTEL DE INVIERNO.

Nagusiac (los amos de la casería) son, salvas rarísimas excepciones, mal vistas y censuradas de pobres y ricos, para el inquilino rural vascongado los protectores naturales, algo parecido á lo que son los padres fuertes y amorosos para con el hijo débil. El cuadro, ó mejor dicho, el reducido boceto que voy á ensayar, no representará la excepcion, sino la regla general de las relaciones entre amos é inquilinos, áun cuando los primeros no sean todos tan indulgentes y buenos como la familia que encontramos en Gorostiza y volvemos á encontrar en Bilbao, retirada ya á los cuarteles de invierno, que no dejará hasta que en las estradas de Abando vuelvan á florecer los endrinos, y á cantar sus amores y labrar sus nidos los pájaros.

Por las escaleras de Begoña, por Achuri, por el campo de Volantin, por el puente de Isabel II, por todas las entradas de la villa, affluian á ésta aldeanas y aldeanos vestidos de fiesta, las mujeres con anchas cestas en la cabeza cubiertas con blanco mantel, y á cuyo borde asomaban la cabeza patos, gallinas y capones, como asombrados de las magnificencias que veian, y los hombres con un gran atado ó una gran cesta de asa pendiente del extremo posterior de la *maquila* ó baston de acebo que se apoyaba horizontalmente en el hombro, sirviéndole de al-

mohadilla la chaqueta de paño cruzada á modo de bandolera, porque la elástica de estambre azul era suficiente abrigo en tal estacion y con tal carga.

Toda aquella gente aldeana iba á entregar á los amos la renta anual de la casería, acompañada del acostumbrado regalo de Nochebuena, que debia ser correspondido con otro compuesto de bacalao, chocolate, botellas de vino generoso ó aguardiente, higos ó pasas, y turrones ó almíbares, amén de un banquete tan abundante y rico, que durante algunas semanas fuese objeto de deliciosa conversacion en la aldea.

Francisco me habia encargado que no dejase de observar aquella faz de las costumbres bilbainas, y que la observase en casa de D. Juan de Gorostiza, con lo que mataria dos pájaros de una pedrada, puesto que me proponia escribir un libro cuyo asunto fuese doña Mari-Santa y su familia, y algo de las costumbres y la fisonomía física del valle del Ibaizábal.

Como doña Mari-Santa lo adivinaba y prevenia todo, me habia enviado la víspera un mensaje con Leandro, que todas las mañanas daba una vuelta por mi escritorio, donde permanecia un buen rato, que para ambos era muy agradable, pues leiamos algún trozo selecto de los pocos, pero buenos libros que yo tenía, ó el ménos malo de lo que yo habia escrito el dia anterior, ó algunos nuevos versos de Leandro, que siguiendo mi consejo y sus inclinaciones, continuaba dedicando á la poesía sus ratos de ocio, ó hablábamos de literatura y bellas artes, y hasta hablábamos de Rosita la de Goyerri.

El mensaje de doña Mari-Santa habia sido éste :

— Mamá y papá me envian á decir á V. que mañana, dia de Santo Tomas, es gran dia en casa, y desean que usted y el Sr. D. Francisco, á quien tambien voy á dar el mismo recado, nos honren comiendo mañana en nuestra compañía.

— Pues dígales V., querido Leandro, que no estoy tan sobrado de honras y satisfacciones, que no me apesure á aceptar la honra y la satisfaccion que se me entran por las puertas. Pero ¿es mañana gran dia en casa de VV. por ser el de un gran santo, ó tambien por algo más?

— Sí, señor, por algo más lo es; mañana se ve mamá rodeada de todos nuestros inquilinos, y esa es una de sus mayores felicidades.

— Tendré muchísimo gusto en presenciarla.

— ¡Ah! se me olvidaba decir á V. que mamá quisiera tenerle á V. por allá tempranito, aunque comeremos algo más tarde que de costumbre.

— Á las diez ya me tendrá por allá.

La familia de Gorostiza tenía sus cuarteles de invierno en la Estufa. Lleva este nombre una manzana de hermosas y ricas casas situadas en el sitio más delicioso de Bilbao, es decir, al Norte del Arenal, que es un amenísimo paseo, ó mejor dicho, parque, poblado en el siglo xvi de frondosos nogales, y hoy de jardines y toda clase de árboles de sombra, incluso el tilo, el árbol del paraíso, el castaño de Indias, el eucaliptus y la magnolia, que cuando florecen aromatizan hasta las calles que median entre la basílica de Santiago y el Arenal. Este paseo, que se interrumpia hasta hace pocos años en la

Sendeja, estrecho paso al del campo de Volantin, situado también á la márgen de la ria, se enlaza ya con este último por medio de otro muy lindo, frondoso y ancho, que se ha formado en la Sendeya, estrechando el Ibaizábal, que hacia allí un ancho recodo, cuando ménos inútil.

La Estufa viene á ser algo parecida á lo que en Francia llaman *boulevards*, nombre que algunos monos de imitacion pugnan por aclimatar en la populosa villa, y hasta han querido llevar fuera de ella. En Algorta, que es una rica y hermosa barriada de la anteiglesia de Guecho, situada sobre el abra, hay una larga calle formada de bellísimas casas de recreo, y un día me encontré con que acababan de escribir en sus extremos: «Calle del Boulevard.» Pregunté al alcalde de la anteiglesia de qué cabeza sin seso habia salido aquella tonta idea, y me indicó la de un bilbaíno, que debió hacer un gesto endemoniado cuando al día siguiente se encontró con que el alcalde habia mandado borrar el rótulo por consejo mio.

La manzana de casas ó más bien palacios, que lleva el nombre de la Estufa, hasta tiene un origen honrosísimo para la villa de Bilbao; hace más de un siglo se trataba de erigir una casa de Misericordia, de que carecia la villa, y ésta no tenía recursos para realizar tan santo proyecto. Uno de sus buenos ciudadanos, dijo: «Emprendamos la obra, y Dios nos ayudará á terminarla, puesto que es santa.» En efecto, la casa de Misericordia se fundó, y hoy es una de las glorias que más deben enorgullecer á Bilbao. Entre los recursos que para ello se arbitraron, se contó la venta, para la edificacion

de casas, de una faja de terreno, donde se levantó la hermosa manzana de la Estufa, entre el Arenal y la calle de la Esperanza.

A las diez de la mañana ya estaba yo en el parnasillo de Leandro, que era un lindo gabinete con balcon al Mediodía, ó lo que era lo mismo, con hermosas vistas en primer término al Arenal, en segundo á la ria y sus muelles de ambas orillas, en tercero á Albia y en cuarto á las montañas de Pagazarri y Arraitz.

La mano y el corazon de Mari-Santa también se descubrian allí como en el parnasillo de Gorostiza. El balcon tenía cierre de cristales, como es muy comun en Bilbao. No estaba provisto, como el de Gorostiza, de unos anteojos gemelos; pero sí de un *monóculo* preciosísimo, por su labor y su larguísimo alcance, á pesar de su reducido volúmen. Las laderas de Goyérri no se veian al frente y á corta distancia, como en Gorostiza; pero sí á la derecha y á distancia de media legua. Como siempre que iba de día á ver á Leandro, tomé el antejo y le apunté hácia el Noroeste; la casa blanca labradoriega de Aurrecoechea, con sus ventanas, á las que trepaban las parras y los albérchigos, se me vino á los ojos, como si estuviera en la isla de Uribitarte, ó sea entre el campo de Volantin y Albia.

Teresita, que se habia hecho muy amiga del angelito rubio y sonrosado, á quien vimos denunciar las lágrimas de papá y el señor cura que habia ido á verle, me buscó con pretexto de preguntarme por su amiga, y digo con pretexto, porque no tardé en comprender que no era aquella la madre del cordero.

— Mira, Anton, me dijo (y debo advertir que me trataba con tanta familiaridad, porque yo, que me muero porque los niños me llamen de tú, se lo habia exigido y lo habia conseguido, con ayuda de doña Mari-Santa que participaba de mis aficiones, te voy á pedir un favor.

— ¿Qué favor es ese, hermosa? le pregunté.

— Oye, que no quiero que lo oiga Leandro.

Inclinéme, y la niña, acercando la dulce boquita á mi oído, añadió :

— El año pasado, no quiso mamá que me trajeran de la aldea un corderito, sin duda porque entónces áun era yo chiquitita; pero ahora ya soy grande y quiero que me le traigan. Anda, dile á mamá que se le encargue á las aldeanas que van á traernos hoy gallinitas y *chitas* (1). Si se lo dices te doy *musúa* (2), y si no se lo dices, no te quiero.

Mari-Santa, que por lo visto por medio de sus espías habia adquirido alguna noticia de la peticion que Teresita preparaba desde el dia anterior para cuando pudiera cogerme por su cuenta, habia seguido á la niña y la sorprendió hablándome al oído cuando yo me preparaba á pronunciar el «concedido.»

— ¿Secretitos tenemos? preguntó sonriendo.

— Sí, señora, le contesté sonriendo tambien, y van á dejar de ser secretitos. Mi amiga Teresita desea que yo interponga con V. mi poderosa influencia á fin de que

(1) Pollos.

(2) Un beso.

encargue V. á las aldeanas que le traigan el cordero más lindo que haya nacido de ovejas.

— Pues tengo el sentimiento de decir á V. que su influencia no es bastante poderosa para que por medio de ella consiga Teresita lo que desea.

— ¿Por qué no, mamá? preguntó la niña iniciando un pucherito para llorar.

— Te lo diré, y D. Antonio se convencerá y tú tambien, de que tengo razon en no querer que haya en casa más inocente y lindo cordero que tú. Los corderitos son muy monos y divierten mucho á los niños miétras no pasan de corderitos; pero van saliéndoles cuernos, se van haciendo carneros, van perdiendo toda su gracia y van dando en la de topar. Entónces hay que matarlos ó venderlos, y como se les ha tomado cariño, no vale todo lo que han divertido lo que cuesta el deshacerse de ellos. ¡Que diga ahora D. Antonio si tengo ó no tengo razon en no querer más corderos que esta hermosa cordera de la casa!

Y la cordera, despues de recibir de su madre un beso apretado y chillado, que son los que más gracia me hacen, me miró como preguntándome si era ó no definitiva aquella sentencia.

— Tiene razon mamá, le dije. Figúrate tú que hubiera necesidad de matar ó vender á Catulinda, ¿qué harías tú entónces?

— ¡Ay, entónces me moria de pena! exclamó la niña como aterrada con aquella idea.

Sonaron cascabeles y apareció Catulinda que seguida de sus dos hijos, ambos adornados de pintorescos colla-

res con cascabeles, venía en busca de su amita, y olvidándose ésta del cordero, corrió á su encuentro aplicando á la gata y su prole todos los hiperbólicos nombres del diccionario de la ternura que su madre solía aplicarle á ella.

XXVIII.

LAS VÍCTIMAS DEL AMOR.

Don Juan, que despues de oír misa temprano en compañía de su mujer y su hijo, en lugar de volver á casa con éstos, se habia ido á distraer un poco su aburrimiento dando un paseo hasta Gorostiza y echando allí un largo párrafo con Chómin, llegó en el instante en que Mari-Santa me contaba y lloraba las últimas desventuras ajenas de que tenía noticia.

Una de estas desventuras era la de la pobre Claudia, la costurera de casa.

El gremio de costureras es muy numeroso é interesante en Bilbao. Allí en casi todas las casas de gente acomodada forma la costurera poco ménos que parte de la familia, pues tiene en ellas casi constante ocupacion. Y es que allí casi toda la ropa, particularmente la de las mujeres y los niños y la blanca de los hombres, se hace en casa.

Las costureras, no sólo son por regla general perfectas modistas, sino que son tambien dignas de alternar con las señoras en el hogar doméstico por su buena con-

ducta y por su finura adquirida con el continuo trato de gentes bien educadas.

Es verdaderamente notable la elegancia con que visten aquellas hermosas jóvenes, cuya habilidad y buen gusto son tales, que realzan más su hermosura con un vestido de percal, unos modestos encajes y unas cintas, que la generalidad de las señoras con la seda, el terciopelo, los ricos bordados, el oro y los diamantes.

Claudia era hija de una pobre viuda que no tenía más apoyo que el de su modesta, honrada y laboriosa hija, pues aunque tenía tambien un hijo, hacía muchos años que habia ido á América, y nada se habia vuelto á saber de él.

Hacía ya dos años que tenía honestas relaciones con un jóven llamado Ignacio, empleado en el escritorio de una casa de comercio, y su casamiento se habia ido dilatando por causas que á Claudia parecian muy legítimas: los padres y hermanos de Ignacio, que habian venido muy á ménos por desgracias comerciales, tenían esperanzas de mejorar de suerte; pero entre tanto casi no tenían más medio de subsistir que el que les proporcionaba el sueldo de seis mil reales ánuos que ganaba Ignacio, por lo que llevaban muy á mal que éste pensase en casarse. Mejoró un tanto la situacion de aquella familia, y entónces el jóven pensó que no debia dilatar por más tiempo su casamiento con Claudia. Manifestóselo así á sus padres, y éstos pusieron el grito en el cielo para hacerle desistir de ello, pero él insistió en su propósito, se corrieron las amonestaciones y todo se dispuso para la boda, en la que doña Mari-Santa debia ser madrina de Claudia.